D I S C U R S O

PRONUNCIADO

EL 10 DE AGOSTO DE 1910 AL TOMAR POSESIÓN DEL HOSPITAL DE SAN CARLOS BORROMEO.

.....

SEÑOR DOCTOR OTERO:

COMPRENDO la pena que sentís al entregarme esta Casa de Beneficencia y Salud, que ha sido casi veinte años vuestra hija predilecta. No serán muy diversos los sentimientos que os contristarán cuando tengáis que dar en matrimonio a la primera de vuestras hijas que abandone el hogar paterno para seguir a un esposo. Pero así como entonces os consolará la idea de que cumplís con las leyes de la naturaleza, y la ponéis bajo la protección de una mano más joven y fuerte que la vuestra, así ahora debe confortaros el convencimiento de que vuestro querido hospital pase no sólo a poder de uno más joven que vos, sino de un hombre que nunca muere.

El Obispo, en verdad, es inmortal, aunque el individuo perezca. Yo no tardaré en bajar a la tumba, pero mis huesos reverdecerán, y resurgirán en la persona de mi sucesor cubiertos de carne más fresca, y ligados con tendones y nervios más robustos, que harán a las manos empuñar con más vigor el báculo y a las piernas caminar con más brío por la senda del Apostolado. Y cuando de nuevo los cubra la tierra otros saldrán de los sepulcros, y así hasta la consumación de los siglos.

He aquí por qué con tanta confianza acometo empresas más arriesgadas, a medida que la vejez avanza. He aquí por qué al entregarme vuestro hospital, no lo perdéis, sino que le dais nuevo vigor; no lo acompañáis a la tumba sino que asistís a su rejuvenecimiento. He aquí por qué en vez de romper lloroso la pluma con que habéis firmado la escritura de venta, aceptaréis la que yo os ofrezco y que me ha servido para rubricar el instrumento de compra de este hospital, que será el predilecto entre mis edificios.

No es ésta todavía la inauguración de esta santa casa; y digo santa porque en el lenguaje genuinamente castellano, toda casa de salud se ha llamado santo hospital. Más tarde esparciremos por todas partes el agua lustral, celebraremos los divinos misterios, y traeremos a coronarlo la imagen del celeste Protector que le he dado, San Carlos Borromeo.

Hoy os hemos invitado, Señores, a presenciar la translación de dominio, y el principio del nuevo régimen. He querido que veáis los grandiosos planes del Doctor Otero, sus grandes concepciones, sus sólidas obras, las huellas de su constante lucha y los resultados de su admirable filantropía. Al verlos, comprenderéis cuánto me resta que hacer, y los ingentes gastos que me será preciso erogar. Gracias a la herencia que me legó el hábil abogado y digno sacerdote D. Julio Gutiérrez Castillo, he podido,

añadiendo igual cantidad de lo que ya poseía, aprontar la suma - que acabo de entregar al benemérito fundador de este establecimiento. Pero no es esto más que el principio, y necesito de vuestro auxilio y de vuestro auxilio constante, oh fieles Potosinos. Yo cuento con él. Me habéis visto impertérrito, en medio de la - oposición desleal con que ya de un lado, ya de otro, he visto - contrariadas casi todas mis empresas. La edad no ha menguado mis bríos; antes bien, me he vuelto más belicoso, y podéis estar seguros que defenderé hasta derramar la última gota de mi sangre - cuanto me confiéis para esta buena obra, que será quizá la última de mis empresas. Con ella queda redondeada mi diócesi, y ya - nada tendrá que envidiar a ninguna en instituciones de educación o beneficencia.

Quiera la augusta Virgen, que quebrantó la cabeza de la infernal sérpiente, aplastar con su divina planta los reptiles que a todo lo bueno y a todo lo santo se oponen, y allanarme el camino en esta obra postrera de caridad y de sacrificio.

Sirva de aliento a los enfermos que aquí vengan a buscar alivio en sus dolores, el ejemplo del gran santo que hoy celebramos, Lorenzo el Levita. No sobre mullido lecho, sino sobre dura parrilla, calentada a fuego lento, pasó sus últimos instantes. Lejos de prorrumpir en ayes lastimeros, santamente insultaba al tirano, como nos refieren las actas de su martirio. "Ya está bien asado este lado (decía) vuélveme del otro y cómeme a tu sabor. Pero en cuanto a los bienes de la Iglesia, que codicias, sábete que ya - los llevaron al cielo, fuera de tu alcance, los pobres a quienes repartí su valor."

En un día como este, hace 48 años, recibí yo también el diaconado que me igualó con él en jerarquía. Quiera su intercesión alcanzarme el mismo espíritu de paciencia y constancia, y darme iguales bríos para desafiar hasta el último suspiro, a los codiciosos del tesoro de los pobres.

.....